

La ordenación de los deseos en los «Ejercicios espirituales»

LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ

Los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola pretenden una experiencia espiritual de encuentro con Dios transformadora de la persona. Muchos de los primeros ejercitantes de Ignacio cambiaban notablemente su modo de vida. Pedro Fabro, su primer compañero en París, era testigo del contento enorme que mostraban clérigos poco edificantes que se hacían, después de sus Ejercicios, eficaces instrumentos apostólicos, así como de la generosidad de tantos jóvenes que optaban por vida consagrada. El joven Pedro Canisio narra «cómo han cambiado mi espíritu y mis sentimientos con aquellos ejercicios espirituales, cómo mi mente se ha iluminado con los rayos de la gracia divina y cómo he adquirido un vigor nuevo... pareciéndome que me he transformado en un hombre totalmente nuevo»¹. En manos de estos «maestros del afecto» los Ejercicios ofrecen una *theologia affectus* que abre un espacio libre al deseo del que se ejercita delante de Dios².

Sin embargo, los Ejercicios fueron frecuentemente presentados y aun predicados como propuesta moral o indoctrinación mental, olvidando algunas ricas dimensiones afectivas presentes en el texto y evidentes en su práctica. Aunque sin pretender integrar lo mucho publicado sobre el tema³, en este sintético trabajo se presenta la evo-

¹ A. Albuquerque, *En el corazón de la Reforma. «Recuerdos espirituales» del Beato Pedro Fabro, S.J.*, Santander-Bilbao (Sal Terrae, Colección Manresa, n. 21), pp. 52, 70 y 106.

² M. de Certeau, «L'espace du désir», *Christus* 77, 1973, 118-128.

³ La bibliografía, incluyendo el discernimiento, es muy amplia. Aparte de las citas, cabe recordar: A. Fernández, «Importancia e insuficiencia del deseo»,

lución de los deseos del ejercitante que recorre los hitos más significativos del itinerario ignaciano, hasta hallar la voluntad divina en todo (EE 1)*.

1. Grandes deseos

Para empezar Ejercicios en su forma completa se requiere sujeto suficiente y dispuesto (ver EE 14, 15, 18, 89, etc); pero la disposición más necesaria es la de tener un fuerte deseo inicial de entregarse a la experiencia, que es decir a Dios mismo, con «grande ánimo y liberalidad para con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad para que... así de su persona como de todo lo que tiene se sirva» (EE 5). Éste es el sujeto ideal: con gran generosidad inicial, un poco inquieto por su vida y con sed de hacer Ejercicios⁴.

Estas disposiciones iniciales se desplegarán inmediatamente en el Principio y Fundamento, que es pórtico y obertura de lo que después vendrá: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios... y las otras cosas ... son criadas para el hombre y para que le ayuden a conseguir el fin... Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas...» (EE 23).

Este denso pasaje resuena con fuerte tono filosófico de lógica deductiva. Pero los Ejercicios no son un texto para analizar, sino una propuesta para practicar, y la primera percepción de frialdad cambia cuando percibimos lo que sucede dentro del ejercitante. Pues inicialmente confirma gozosamente sus deseos filiales de alabanza y servicio a un Dios al que desea entregarse. Pero la posterior alusión

Manresa, 66, 1994, 131-5; M. Giuliani, *La experiencia de los Ejercicios espirituales en la vida*, Bilbao-Santander (Sal Terrae, Colección Manresa, n. 9), 1992; B. Kiely, «Consolation, desolation and the changing of symbols: a reflection on the rules for discernment in the Exercises», *The Spiritual Exercises of St. Ignatius Loyola in present-day application*, Roma (CIS) 1982; Th. McGrath, «The place of desires in the Ignatian Exercises», *The Way Supplement*, 76, 1993, pp. 25-31.

* SIGLAS DE TEXTOS IGNACIANOS:

<i>Aut.</i>	Autobiografía.
<i>Const.</i>	Constituciones de la Compañía de Jesús.
<i>Dir.</i>	Directorios de Ejercicios. Edición de Miguel Lop, <i>Ejercicios y Directorios</i> , Barcelona (Balmes) 1964.
EE	Ejercicios espirituales.
<i>Ep.</i>	Cartas de san Ignacio, en: <i>Monumenta Historica Societatis Iesu, Epistolae et Instructiones</i> , vols.1-12, Madrid 1903-1911.

Los textos ignacianos están citados según la edición de *Obras Completas de San Ignacio de Loyola*, Madrid (BAC-86) 1991, 5ª ed., con la numeración allí incorporada.

⁴ Dir. 1, n.13-14; 3, n. 13; 4, n. 1; 12, n. 24; 20, n. 5, 22s.; 31, n. 47; 43, n. 20-24; etc.

a su realidad existencial le remite a sentimientos básicos que no pueden amenazarse sin más; de modo que la lógica indiferencia que se propone en el texto no es experimentada suave, sino turbulentamente, por generoso que el ejercitante sea. Y se agitan dentro de él sus múltiples apegos o rechazos ante la salud o la enfermedad, el reconocimiento social o la irrelevancia, los bienes y la ausencia de sus ventajas materiales y sociales. Entre el deseo de un orden libremente querido y otras atracciones naturales aparece una tensión afectiva que la indiferencia no impide como si se tratara de no experimentar preferencias o apegos; eso llevaría a la muerte del deseo, lo contrario de lo que Ignacio propone⁵.

2. Purificación

En la Primera semana se pone de manifiesto que los deseos del ejercitante no sólo son múltiples, sino dramáticamente contradictorios. Se trata de una etapa purificatoria, en la que se proponen varios modos de orar (EE 238-260), exámenes varios (EE 24ss., 32ss.), orientaciones para hacerlos mejor, incluida la penitencia (EE 73-90), y una libre confesión general, por «el mayor dolor de todos los pecados y faltas...» que se siente (EE 44). Las primeras reglas de discernimiento (EE 313-327) enseñan al ejercitante a «sentir y conocer» los progresivos y contrapuestos estados espirituales y afectivos que necesariamente experimenta en su itinerario.

La revisión de la propia vida la hace ante la precedencia del amor de Dios manifestado en Cristo crucificado (EE 45-54), desde el cual el ejercitante puede mirarse a sí mismo con el realismo (ni prometeico ni narcisista) de quien se percibe en su dimensión propia: ¿qué me he creído yo que soy? (EE 55-61). Al final de la Primera semana los deseos han de quedar clarificados y purificados en mucha medida. Aceptados en su multiplicidad, pierden su carácter de determinantes al relativizar esas fuerzas ajenas a la propia voluntad en su origen (EE 32), pues sobre ellas destaca el único deseo que desde ahora se tiene para configurar la propia vida: el amor a Jesucristo salvador.

Los muchos deseos de un corazón dividido

Hay dos piezas en esta semana que parecen más relevantes para la ordenación de los deseos: la composición de lugar y el tercer ejercicio de la Primera semana. La composición de lugar es una «visión imaginativa» que en unos pocos rasgos dispone existencialmente al ejercitante. Éste se reconoce a sí mismo como realidad dual, diná-

⁵ A. Demoustier, «L'homme a été créé pour...», *Christus* 23, 1976, p. 364.

micamente bipolar, «binaria» o dividida en sí, en tensión intrínseca y que, en su actual condición, está fuera de su *humus* propio, en medio de una realidad exterior hostil: «Ver con la vista imaginativa y considerar mi ánima ser encarcerada en este cuerpo corruptible y todo el compósito [de alma y cuerpo] en este valle, como desterrado, entre brutos animales» (EE 47).

Este y otros textos (EE 87, 89, 210 ss.) explican el origen de todos los deseos en instancias antropológicas no siempre armónicas entre sí. En el fondo del ser humano aparecen dos fuentes de deseos, dos orígenes de pulsiones y atracciones, ambas constitutivamente humanas, irrenunciables y genuinamente representativas del corazón humano dividido (*Gaudium et Spes* n. 10), del que salen sus desarreglos y pecados (cf. Mt 15,18-19). Los Ejercicios son «para vencer a sí mismo» (EE 21) porque dos fuentes de motivación, dos polaridades interiores, están en conflicto ante la libertad del ejercitante.

San Ignacio repite en otros textos esta visión dialéctica de la persona que viene a ser un presupuesto crítico con la naturaleza humana, en una visión antropológica que no es ingenuamente optimista (cf. EE 102, 106-108). De manera que esta composición de lugar no es un mero recurso efectista para predisponer emotivamente al ejercitante; pues aunque éste empieza su experiencia generosamente (EE 5), viene previamente enredado en amistades y negocios «no bien ordenados» y tiene su «entendimiento partido en muchas cosas» y no centrado en la principal (EE 20).

Hay, pues, una lucha espiritual en la Primera semana que resulta en una conversión moral. Pero hay más: se busca un mayor conocimiento de sí, profundizando en los condicionamientos psíquicos que inclinan al ejercitante y en los valores de la configuración social que le solicitan. ¿Cómo llegar a la raíz del pecado y del desorden? Ignacio considera una libertad condicionada por nuestra naturaleza conflictiva e inclinada al pecado por la concupiscencia, que se actualiza en las múltiples operaciones humanas, muchas de ellas desordenadas. Y propone un tercer ejercicio donde se pide gracia para tres cosas: «La primera, para que sienta interno conocimiento de mis pecados... la segunda, para que sienta el desorden de mis operaciones... la tercera, pedir conocimiento del mundo para que, aborreciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas» (EE 63).

San Ignacio habla de «operaciones» en tres momentos de los Ejercicios (EE 1, 46, 63). Se trata ciertamente de actividades humanas externas y acciones para con uno mismo, pero también son actividades «de mente o cuerpo» (Rootham). Cartas ignacianas⁶ se refieren con este término a actividades corporales (digerir) y a operaciones mentales propias del entendimiento. De modo que para san Ignacio, el concepto «operaciones» se refiere a cualquier actividad de las potencias vegetativa, sensitiva, apetitiva, locomotriz o racional de la

⁶ *Ep.*, 2, 235; *Ep.*, 1, 523; *Ep.*, 1, 105; *Ep.*, 4, 127.

persona humana. Son dinamismos y actividades desarrolladas por cualquiera de las facultades humanas, para actuar sobre sus objetos propios; por ejemplo, las operaciones de la voluntad, por la que se actualizan los deseos.

En su sentido teologal, significa el uso de las facultades humanas ordenadas al encuentro personal con Dios (EE 1); y en la posibilidad de que las mismas operaciones puramente psíquicas del alma pueden ser movidas por Él: pues el Señor «mueve y fuerza a nuestra ánima a una operación o a otra» para su bien⁷. Pero cualquier dinamismo humano puede estar informado o no por la gracia, y ordenado o no al fin último del hombre, por lo que las operaciones de cualquier tipo serán «santas» si la caridad las mueve, no porque sean más espirituales y menos materiales⁸.

De modo que Ignacio desea ordenar todas las operaciones de los que trata, especialmente las que predisponen a un funcionamiento psíquico natural en modo menos encaminado a su fin; pues el ejercitante tiende naturalmente a usar de forma sesgada sus funciones naturales corporales, mentales y afectivas de percibir e imaginar, de emocionarse y sentir, de entender y juzgar, de decidir y actuar.

A la luz de lo dicho se entiende mejor el sentido del examen general diario (EE 43); pues al ahondar en la propia experiencia aparecen «dos espontaneidades, una buena al servicio de Dios, y otra mala, no orientada hacia Dios»; de modo que «cuando el examen se relaciona con el discernimiento, se convierte en un examen de concienciación [consciencia] más que de conciencia [moral]... El principal objetivo... es descubrir cómo el Señor nos está afectando y moviendo en lo profundo de nuestra consciencia afectiva»⁹. Por eso «el examen de conciencia no se reduce, para san Ignacio, a la consideración de los pecados —graves o leves— sino que, yendo más allá de ellos y a su raíz, atiende a las gracias y a las tentaciones que preceden —y luego acompañan— a nuestra libertad»¹⁰.

3. *Un solo deseo: El seguimiento*

En la Segunda semana el ejercitante pasa de la conversión al seguimiento, y entra en ella con un deseo único: responder agradecido al que le ha salvado de su vida anterior que merecía con-

⁷ *Ep.*, 1, 107.

⁸ *Ep.*, 4, 127: la caridad se ejercita en cualquier operación: como las que parecen más espirituales (dedicarse a la formación de jesuitas), o son más materiales (la administración temporal de un colegio).

⁹ G. A. Aschenbrenner, «Consciousness Examén», *Review for Religious*, 31, 1972, 14-21.

¹⁰ M. A. Fiorito, «La conciencia y su examen», *Boletín de Espiritualidad*, 61, 1979, 4.

dena (EE 48). Este deseo se expresó en una triple pregunta: ¿Qué he hecho, qué hago, qué debo hacer por Cristo? (EE 53). El final de la Segunda semana deseará crecientemente salir del propio amor (EE 189) manifestado en sus múltiples deseos, y estar polarizado por sólo uno, el del seguimiento de la persona de Jesús concretado en su vocación particular. Es lo que sucedió al mismo Fabro, quien da gracias al Señor «porque lo busqué a Él solo... Sin embargo, tiempo atrás... anduve siempre confuso y agitado de muchos vientos; unas veces me sentía inclinado al matrimonio; otras quería ser médico o abogado, o regente [profesor universitario] o doctor en teología. A veces quería ser también clérigo sin grado, o monje. En estos bandazos me movía yo... según me guiase una u otra afectación. De estos afectos, como ya dije antes, me libró el Señor y me confirmó de tal manera con la consolación de su espíritu, que me decidí a ser sacerdote y dedicarme a su servicio... con todas las fuerzas de mi alma y cuerpo»¹¹.

La identificación con este Señor buscado se consolida en el ejercicio del Rey eternal (EE 91-100), y en la contemplación de los misterios de la vida de Jesús (EE 101 ss.). En el primero el ejercitante escucha de labios de Cristo su «voluntad de conquistar todo el mundo», y que a «cada uno en particular llama» a tal empresa; es un personaje agradable y un proyecto atractivo, que favorece la identificación de los que llama («conmigo»). La fuerte carga afectiva suscitada en el que contempla produce la respuesta generosa: «todos los que tuvieren juicio y razón, ofrecerán todas sus personas al trabajo» (EE 96) so pena de la ignominia social y personal.

Hay aquí una primera elección genérica e inconcreta. Los deseos se van ordenando, porque la antigua disyuntiva entre el amor de Dios y el amor de sí se resuelve ahora como seguimiento. La antigua afectividad conflictiva, eco de la lucha de impulsos interiores sin objeto preciso contra las llamadas de los valores evangélicos, es ordenada progresivamente por la atracción de este eje polarizador; y el ejercitante ya no se identifica con sus pulsiones, sino con el estilo de vida de su Señor.

Una respuesta afectiva

Desde el inicio de la Segunda semana se plantean dos modos de seguimiento que se hacen más patentes a medida que avanza el proceso. El segundo no es disyuntivo respecto al primero, pero corrige su carácter eventualmente extrínseco: «Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio... aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones...

¹¹ Memorial de Fabro, n. 14; en A. Alburquerque, op. cit., p. 118.

diciendo: ... yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada... imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza...» (EE 97-98).

La primera generosidad para caminar detrás del rey eternal y librar con él todo tipo de combates contra enemigos externos se vuelve ahora hacia el propio interior, pues el peor enemigo del seguimiento está dentro del propio ejercitante, en sus deseos latentes de ser estimado, aunque ahora sea como santo o apóstol, ya no como caballero mundano¹².

Contemplando los misterios de la vida de Cristo va surgiendo una identidad nueva en el ejercitante, que ahora se ve como peregrino «pobrecito y esclavito indigno», y sirve al Señor «con todo acatamiento y reverencia posible» (EE 1). Esta autocomprensión se va afianzando, pues el ejercitante halla contento y fuerza en este tipo de relación que quiere y desea (EE 76).

Esto es favorecido también por el modo propio de oración que desde ahora se propone al ejercitante. La petición constante es el «conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» (EE 104)¹³. El componente meditativo se reduce al mínimo y la oración es simplificada afectiva; se le invita a acercarse paulatinamente a los personajes sagrados, mirando con los ojos, escuchando con los oídos, tocando con las manos o los labios, oliendo y gustando. La implicación personal del que contempla «como si presente me hallare» (EE 1), es procurada también por la invitación a «reflexionar para sacar algún provecho»¹⁴. Así se evita una emotividad sin anclaje a la vida, y se favorece la circunstanciación de la experiencia espiritual¹⁵, con referencia y efectos para la vida actual del ejercitante, lo que transforma al que contempla.

Si lo ordinario es el acercamiento tranquilo al misterio contemplado, en muchos buenos ejercitantes se producen agitaciones, previstas por Ignacio (EE 6), pues es imposible la impasividad en la contemplación de quien no ha venido a traer paz, sino espada (Mt 10,34); ¿cómo identificarse sosegadamente con los valores de un Jesús que contrastan tanto con los enseñados socialmente como criterios indiscutibles? El deseo no se ordena tibiamente (cf. Ap 3,16).

¹² *Ep.*, 1, 103s.; *Aut.* 32.

¹³ J. Osuna, «Conocimiento, amor y seguimiento de Jesús», *Diakonía*, 22, 1982, 42-61.

¹⁴ EE 106, 107, 108, 114, 115, 116, 123, 124, 194, 234, 235, 236, 237. Reflexionar es reflejar la luz que del acontecimiento contemplado se deriva para el ejercitante. Es aplicar a la vida concreta y así aprovechar espiritualmente. Es corresponder a Dios (EE 234).

¹⁵ A. Chércoles, *La afectividad y los deseos en los Ejercicios Espirituales*, Barcelona (Eides) 1995.

4. Deseo y elección

Dirá Ignacio que «quien poco determina, poco entiende y menos ayuda»¹⁶. Sin concreción no hay progreso espiritual. La ordenación de los deseos del ejercitante viene de un fin conocido sin confusión y seguido con generosidad; de referir a la realidad concreta unos deseos indeterminados de seguimiento, un tanto adolescentes y narcisistas. Ordenar es pasar de la sensibilidad afectiva a la caridad como amor concreto; es optar guiado por un polo de atracción (que es Jesucristo) y que hace confluir o desaparecer los múltiples deseos iniciales. Por eso la elección en Ejercicios es un fin instrumental y condición necesaria para alcanzar la configuración con Cristo, meta de todo camino espiritual; el objeto de la elección es ser como Jesús.

Pero a la elección hay que acceder con las adecuadas disposiciones para que no se malogre; no basta la buena voluntad generosa para ordenar el deseo. En la meditación de dos Banderas (EE 136-8) el ejercitante pide «conocimiento de los engaños» y «conocimiento de la vida verdadera». No se trata aquí de pecado contra virtud, sino de los medios adecuados para el seguimiento en los que el ejercitante puede engañarse... como tantas buenas personas en la Iglesia: «No hay lugar más difícil en todos los Ejercicios... que el de la elección; porque en este tiempo está expuesto a diversos movimientos del alma y muchas veces aun a errores, ya que el hombre no sólo es vencido por el mal, sino la mayor parte de las veces es engañado por la apariencia de lo recto y bueno».

«Conviene mucho que quien entra en elección procure estar libre de todo afecto desordenado... Pues aquel afecto opuesto al camino más perfecto arrastraría a la inteligencia a inventar razones que apoyasen tal afecto... y ... fácilmente pasaría que pensase ser voluntad de Dios la que es suya propia»¹⁷.

El afecto es decisivo, porque arrastra a la inteligencia; en los tres tipos de personas (Binarios: EE 9-157) el ejercitante experimenta la fuerza de los apegos concretos no discernidos (sus «diez mil ducados») que ya están condicionando su seguimiento; por eso «quiere, pide y suplica» que el Señor le elija incluso contra su sentir, despegándose él de esa cosa. En su antropología integradora, Ignacio prepara la mente, el afecto y también la sensibilidad para la elección; mediante los Tres grados de humildad (EE 164-168) se quiere suscitar en el ejercitante la sensibilidad sobrenatural del amor loco al Señor, prefiriendo seguirle, por amor, en su pobreza y oprobios «por parecer e imitar más actualmente a Cristo». No se trata de voluntarismo, sino que el ejercicio libera el corazón para el amor; no se busca tanto la indiferencia, sino la emergencia de «la libertad de nuestro deseo»¹⁸.

¹⁶ *Ep.*, 1, 108.

¹⁷ *Dir.* 43, nn. 162 y 171.

¹⁸ D. Bertrand, «La liberté de notre désir», *Christus*, 25, 1978, 362-371.

Afecciones desordenadas

La situación más difícil para el ejercitante en este momento son las tentaciones *sub angelo lucis*, que no pueden ser reconocidas (EE 10, 169, 326, 331-334; cf. 2 Cór 11,). Es táctica sutil, pero ordinaria, del padre de la mentira (cf. Jn 8,44), y desde antiguo el discernimiento de los engaños constituye un lugar común en la literatura espiritual cristiana¹⁹. Ignacio, que alude a los engaños espirituales²⁰, percibe que muchos «no van derechos a Dios, mas quieren que Dios venga derecho a sus afecciones desordenadas» (EE 169).

De la «afección desordenada»²¹ se han señalado características no siempre coincidentes. Se diferencia claramente de una afección alterada desde el punto de vista psíquico. No se identifica con la pasión o concupiscencia, en el sentido amplio de movimiento involuntario de la naturaleza o inclinación involuntaria al mal; no equivale al «desorden de las operaciones». Tampoco se refiere propiamente al ámbito del pecado grave ni leve, y no las constituyen tendencias advertidas y consentidas contra Dios, aunque de menor importancia o materia, ni tampoco las imperfecciones menores de la vida moral, por inadvertencia o limitación de la libertad.

La expresión *afección desordenada* aparece en Ejercicios seis veces, referidas al conjunto del libro (EE 1, 21), a elecciones (EE 169, 172, 179), y a las reglas de distribuir limosnas (EE 342). Expresiones semejantes se encuentran en el mismo contexto de elección (EE 16; 150, 153-155, 157; 338: cf. 184). Parece que en los Ejercicios el término está en el ámbito preciso de la elección; aunque san Ignacio lo usa en sus cartas con mayor libertad conceptual.

Es una atracción hacia un objeto indiferente o bueno (o, como afección contraria, una repulsión); es un apego a alguna persona, situación, circunstancia, irrenunciable para el ejercitante. Este cree sentir y juzgar, elegir y actuar sólo movido por los valores evangélicos, aunque busca conjuntamente la satisfacción inadvertida del propio amor, querer e interés, en forma de ventaja psíquica. La afección desordenada tiene dos fines reales, aunque sólo uno reconocido.

Suele acompañarse con buenos deseos, con consolación con causa que se da por buena; aunque san Ignacio advierte que «con causa puede consolar al ánima así el ángel bueno como el malo, por

¹⁹ Ignacio leyó en la *Imitación de Cristo*: III, 11, 2; III, 15, 1; cf. I, 15, 2; II, 5, 1; III, 7, 2; III, 54, 1.

²⁰ *Ep.*, 1, 103; *Ep.*, 2, 47; *Ep.*, 4, 673s.; *Ep.* 7, 231; *Ep.*, 12, 632-634, 641 y 646.

²¹ Sobre este concepto estudiado por Calveras, publiqué *Las afecciones desordenadas*, 1992, Santander-Bilbao (Colección Manresa, n. 10) 1992; y con enfoque más pastoral: *Afectos en desorden. Los varios autoengaños en la virtud*, 1999, Vitoria (Cuadernos Frontera-Hegian, n. 24). Ver J. Corella, «Dinámica del deseo y afecciones desordenadas en el proceso de los Ejercicios Espirituales», *Manresa*, 66, 1994, 7-160; 297-310.

contrarios fines» (EE 331); se constituye así en maestro de la sospecha cuando considera ambivalente cualquier mediación buena (pues puede impedir otra mejor), como la consolación espiritual; la dedicación intensísima a la oración de muchos; la entrega pastoral a una misión pontificia; la aparente humildad y deseo de no ser superior religioso; el mantenimiento de relaciones espirituales con personas y lugares queridos; el deseo de estudiar y de promoción humana personal; la relación afectiva tan natural entre padres e hijos...²².

El sujeto consigue justificar ante su conciencia esa situación, pues el objeto bueno adquiere un carácter simbólico y lo relaciona inadvertidamente con el fin último de la afección mediante mecanismos mentales de defensa. Por ejemplo, un cargo pastoral puede significar no sólo un servicio determinado que encarga y pide la Iglesia; sino, simbólicamente, el prestigio personal o la valoración social que se necesita inconscientemente, y eso impide disponibilidad alguna. Cuando es amenazada, esta afección se acompaña de cierta agitación donde desaparecen la «paz, tranquilidad y quietud que antes tenía» (EE 333); se vive en forma de resistencia fuerte, con vehemencia, radicalidad, testarudez desproporcionadas. Pero no es reconocible fácilmente como desarreglo, por las defensas del sujeto.

Decisivo para discernir será buscar el fin no confesado (por no reconocido) de la motivación bivalente, un fin mezclado con los valores evangélicos e indirectamente gratificado. Por ejemplo, una encendida denuncia profética puede significar no sólo la proclamación de la verdad evangélica, sino también, simbólica y oculta-mente, la descarga agresiva de un antiguo resentimiento no elaborado. O un voluntariado laical puede conjugar (consoladamente) un servicio bueno a los demás con una vida personal sin excesivas renunci-
cias.

Aunque los Ejercicios proponen quitar las afecciones desordenadas (EE 1), una corrección autógrafa de Ignacio al texto del copista matiza la afirmación: «Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin *determinarse por* afección alguna que desordenada sea» (EE 21). Sólo dos palabras (en cursiva) descubren la grandeza y humanidad del discreto místico. Quizá no es necesario (ni posible) quedarse «sin» afección desordenada alguna; y no hay por tanto que eliminar apegos (quitar), sino reconducirlos al fin (ordenar); no se trata de matar todo deseo, sino de reconocerlo o renunciarlo (que no es reprimirlo) para que no engañe en la elección; pues en la vida apostólica «es menester más mirar el sujeto de los otros [para aprovecharlos] que los mis deseos»²³.

²² Por ejemplo: *Ep.*, 5, 326s.; *Ep.*, 5, 418s.; *Ep.*, 45-50; *Ep.*, 6,63; *Ep.*, 6, 110; *Ep.*, 11, 408s.; *Ep.*, 11, 436ss.

²³ *Ep.*, 1, 106.

5. Configuración con Cristo: el deseo ordenado

Si el ejercitante recibe el don de esa indiferencia y de ese amor de imitación humilde de Jesús, la configuración con Cristo será posible «en cualquier estado o vida que Dios... nos diere para elegir» (EE 135); y tendrá que ver más con el desasimiento²⁴ que con hacer muchas o extraordinarias cosas. La configuración con Cristo supone un largo camino ascético²⁵ y de liberación de afectos engañosos para disponerse a un verdadero encuentro con el Cristo pascual: «en la pena... en la gloria» (EE 95); pero lo que nos configura no es la abnegación, sino el amor ordenado.

Hoy la teología presenta unido el misterio pascual, histórica y litúrgicamente desdoblado en la muerte y la resurrección de Jesús. En la Tercera semana el ejercitante pide compasión con el Pantocrátor que ahora se hace Siervo paciente y sufre por exceso de amor²⁶. Y usa su decisión de identificarse con él: «considerar lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer, según el paso que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza a doler, tristar y llorar» (EE 195). En la Cuarta semana, es la alegría de Jesús la que consolará al ejercitante («alegrarme con tanta gloria y gozo de Cristo», EE 221), y se experimenta «el oficio de consolar» que Cristo trae, como sucede entre amigos (EE 224, 54). Se consolida una relación personal con el Señor resucitado que es real y actual, no sólo moral o escatológica; se trata de amar y servir como Él en un contexto diferente; y esto exige al ejercitante remitirse a su realidad sin que este seguimiento se pierda en un sentimiento intimista y engañador²⁷.

Los Ejercicios terminan con el deseo ordenado, y la invitación a reconocer en todo la acción y presencia del Padre creador. Ya nada hay profano para quien ama y se siente amado; en todas las cosas hay una invitación a la comunión con Dios, tanto por la actividad como por la pasividad²⁸. El ejercitante es remitido a estar «siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad de encontrar a Dios»²⁹. La Contemplación para alcanzar amor (EE 230-237) es más bien efecto que pedagogía para ordenar el deseo; es la oración del que poniendo el amor más en las obras que en las palabras, y sabién-

²⁴ «Para que preso de su amor y gracia, sea suelto de todas las criaturas del mundo»: *Ep.*, I, 92.

²⁵ J. Osuna, «Ascética y disciplina en la espiritualidad ignaciana», *CIS*, XXV, n. 77, 1994, 25-46.

²⁶ P. H. Kolvenbach, «La Pasión según san Ignacio», en *Decir... al Indecible*, Bilbao-Santander (Sal Terrae, Colección Manresa, n. 20), 91-100.

²⁷ C. Palacio, «Ansí nuevamente encarnado», *Manresa* 71, 1999, 44.

²⁸ S. Arzubialde, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio*. Bilbao-Santander (Sal Terrae, Colección Manresa, n. 1), 1991, 492s.

²⁹ *Aut.* 99.

dose desasido de todo, recibe todas las cosas como don de un Dios «que desea dárseme en cuanto puede», y por eso todas las usa y ama en aquel de quien las recibe. Y «enteramente reconociendo», quiere devolverse entero a su Dios: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad...» (EE 234). El ejercitante vuelve a las cosas y se inserta con «sentido verdadero» en la Iglesia militante (EE 352-370) con su vocación específica de un seguimiento que es amor y servicio concretos.

Conclusión

Al concluir, es justo reconocer que en la ordenación del desear humano hay bastantes más problemas que los explicitados. Es cierto que los Ejercicios no son una teoría, sino una propuesta práctica; pero quien los escribió ayer, como quien los propone hoy, maneja algunos supuestos teóricos con los que propone esa experiencia. Aludo a tres que debe considerar quien usa la pedagogía ignaciana en los Ejercicios o el acompañamiento.

1) El tema del deso puede revisar la neutralidad del que da Ejercicios, recomendada por la lituratura habitual, cuando el ejercitante inicialmente no está ordenado en sus afectos; de hecho su función no resulta neutra, sino que se implica intervenciones adecuadas³⁰. Quizá en todas las escuelas psico-terapéuticas (incluidas las consideradas no-directivas), cada silencio o intervención del que escucha constituyen técnicas que favorecen *alguna* dirección a la entrevista. ¿No se requiere una notable dosis de iniciativa, actividad e interpretación en el que da Ejercicios cuando ayuda a otro a ordenar sus deseos, siempre conflictivos y engañosos? Seguramente Ignacio procuraría ayudarlo más bien que dejarlo en su engaño.

2) En todo caso sus intervenciones (o silencios) tendrán mucho que ver con su visión de los deseos, en una «cultura del deseo»³¹. ¿Qué terminología es la más adecuada? ¿De dónde proceden? ¿Hay unos más auténticos, más profundos, mejores que otros? ¿Qué criterios usar para su discernimiento? Aquí hemos interpretado que Ignacio postula una ambivalencia radical de los deseos, por lo que la ordenación del deseo supone, sin represión, la abnegación de un ser humano sujeto a la consupiscencia e inclinado al desorden. ¿Es fácil utilizar hoy su tópica del deseo? Me temo que no; pero el que da Ejercicios no puede ahorrarse alguna referencia teórica sobre ello; la intuición sin marco conceptual puede ser en el mejor de los casos errática o propiamente peligrosa.

Como actualización ignaciana circulan diversas versiones. Algunas veces funciona un transfondo más bien freudiano, quitando

³⁰ C. Viard, «Donner les exercices», *Christus* 23, 1976, 229.

³¹ X. Quinzá, «La cultura del deseo y la seducción de Dios», Santander (Sal Terrae, Cuadernos FyS 24) 1993.

hierro al rigor antropológico de su enfoque del deseo como dimensión más bien conflictual. En el extremo contrario se postula una integración antropológicamente optimista, donde todo deseo auténticamente humano sería irrenunciable, y, por lo tanto, querido por el Creador. Otro enfoque todavía: «en el lenguaje de Thomas Merton, los deseos auténticos vienen de nuestro 'auténtico yo' en vez de nuestro superficial 'falso yo'»; y conforme a ello se jerarquizan según la vocación que identifica al sujeto³². El problema práctico es que no todos los enfoques comprenderán de igual manera los diferentes deseos y usarán la misma pedagogía para ordenarlos.

3) La transformación duradera de los afectos profundos del ejercitante parece que es estadísticamente poco frecuente³³. La explicación que se propone para esta resistencia es que las dinámicas (afectivas) inconscientes que configuran al sujeto que entra en Ejercicios no se pueden cambiar a largo plazo con un método que no está pensado para ello. Una explicación que nos abre a la reflexión sobre el inconsciente humano. ¿Está este inconsciente actuando (y tergiversando la interpretación de las mociones) en la mayoría de los ejercitantes de buena voluntad? ¿Hablar de engaños espirituales implica que fuerzas inconscientes contaminan el pensar y discernir de muchos? ¿O más bien es algo que sólo funcionará en contadas ocasiones? ¿Es patológico o funciona en personas normales? Del inconsciente no siempre se habla en paz entre los que se dedican al ministerio de ayudar a otros con Ejercicios, retiros y dirección espiritual, y es tema casi «políticamente incorrecto». Pero para sacar mejor rendimiento de la pedagogía ignaciana de los deseos quizá nos ayudaría incorporar algunos prudentes logros en este ámbito.

La experiencia nos dice que hay dificultades para manejar este instrumento pastoral que san Ignacio dejó a la Iglesia; pero más evidente es la grandeza oculta de sus logros cuando se utiliza adecuadamente. Su místico autor invita a un sacerdote muy querido a hacerlos «dos y tres y otras cuantas veces puedo... siendo todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos»³⁴.

³² E. Kinerk, «Eliciting Great Desires: Their Place in the Spirituality», *Studies in the Spirituality of Jesuits*, XVI, 1984, p. 3; en la nota 4 (p. 25) dice que la diferenciación entre el 'verdadero yo' (el yo conocido y amado por Dios) y el 'falso yo' (el yo proyectivo, autocentrado que construimos alrededor de nosotros mismos) es la imagen central de los escritos de Thomas Merton, muy extendida en la espiritualidad contemporánea.

³³ F. Imoda, «Ejercicios Espirituales y psicología», *CIS*, XXIII/70, 1992, pp. 11-73».

³⁴ *Ep.* 1, 111-113.